

DEL MAÑARA HISTÓRICO AL
MAÑARA LITERARIO
(Un siglo y medio de leyendas en Sevilla)

Por OLIVIER PIVETEAU

Señor Director de la Real Academia Sevillana de Buenas
Letras,
Señora Directora de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos,
Señor Hermano Mayor de la Santa Caridad,
Señores académicos,
Señoras y señores :

Al tomar la palabra en este magnífico salón de actos, ante una asistencia tan ilustrada, para hablar por segunda vez de Don Miguel Mañara, recuerdo casualmente un verso de un poeta francés, Paul Eluard, que reza así :

C'est un plaisir, c'est un désir, c'est un tourment.

o sea : es placer, deseo y tormento.

Un *placer* es, por cierto, y también un gran privilegio, el haber sido invitado a expresarme ante esta insigne corporación, que pronto cumplirá doscientos cincuenta años de existencia. Es un *placer* dictar una conferencia sobre una figura tan relevante en la historia de la Urbe, lo que colma cualquier *deseo* que pudiera sentir un investigador, tras varios años recorriendo archivos, consultando papeles y libros, al compartir por fin con los demás la cosecha que poquito a poco ha ido recabando. Pero ese *placer* y *deseo* se convierten en *tormento* para mí, al ser muy consciente de

los límites de mi trabajo, y tanto más cuanto que he de presentar parte de éste ante personas que son depositarias de una historia y una cultura tan ricas y brillantes como las de Sevilla.

Quisiera dar las gracias a las tres instituciones que se han dignado honrarme con ese cometido, y que por cierto simbolizan tres facetas sobresalientes de la figura de nuestro protagonista : la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, que representa la vinculación con América de la familia Mañara ; la Hermandad de la Santa Caridad, vivo testimonio de la obra y espiritualidad del venerable caballero de Calatrava ; y la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, que viene a simbolizar la importancia de Miguel Mañara en el campo literario, no sólo por su breve pero candente *Discurso de la verdad*, sino por el innmercido olor a azufre que, aunque nos pese, le ha ido rodeando en la literatura universal.

No quiero terminar este preámbulo sin brindar un afectuoso homenaje a un académico que fue, hasta hace un par de años, el director de esta corporación, y que acaba de presentarme tan amablemente. No es nada exagerado decir, como lo recordé anoche Doña Enriqueta Vila Vilar, que, de no haber conocido a Don Eduardo Ybarra Hidalgo, mi labor de investigación hubiera sido muy distinta, más pobre y menos amena de lo que es. Refugiados en su preciosa biblioteca y acompañados por la complicidad muda de libros venerables, que me han sido de tanto provecho, hemos tenido y seguimos teniendo largas y maravillosas sesiones de « mañaralogía », valga el neologismo, momentos que seguramente contarán entre las horas más exquisitas de mi vida. Por eso me atrevo a pedirle a Don Eduardo se digne aceptar esta modesta conferencia como vergonzante correspondencia a los tesoros de erudición y dedicación que de él he recibido.

Y seguidamente paso a entrar en materia, empezando con una larga cita.

Murió venerado como un santo, incluso por aquellos que habían conocido sus extravíos primeros. En su lecho de muerte, pidió como una gracia que lo enterrasen bajo el umbral de la iglesia, con el fin de que al entrar todos lo

*pisoteasen. Quiso aún que en su tumba se grabase esta inscripción : Aquí yace el peor hombre que fue en el mundo. Pero no se juzgó oportuno ejecutar todas las disposiciones dictadas por su humildad. Fue sepultado junto al altar mayor de la capilla que había fundado. Consintieron, cierto es, en grabar en la piedra que cubre sus restos mortales la inscripción que había compuesto ; pero le añadieron un relato y un elogio de su conversión.*¹

Esta evocación, relato edificante donde los haya, resultará familiar a muchos sevillanos. Si ignoramos la referencia tradicional a supuestos extravíos juveniles y exceptuamos algunas leves inexactitudes, relativas a la cronología de los acontecimientos o a la formulación del epitafio, fácil es reconocer aquí las consabidas circunstancias del fallecimiento y enterramiento en 1679 de uno de los sevillanos de más nombradía, el venerable caballero Don Miguel Mañara. Bastaría leer algunas líneas más del texto referido para encontrar menciones explícitas del hospital de la Caridad o de los cuadros pintados por Murillo para su iglesia, que corroboran terminantemente, si fuera preciso, la identificación del ilustre finado.

Sin embargo, el protagonista del texto citado, muerto en olor de santidad y que con tanta veneración se entierra en la capilla del hospital de la Caridad, no es Miguel Mañara. No es el caballero de Calatrava, acaudalado mayorazgo, provincial de la Santa Hermandad y miembro del Consulado de mercaderes que conocemos ; no es la figura del desengaño, del renunciamiento y de la pobreza, el « apóstol seglar y padre de marginados », que tanta fama alcanzó como Hermano Mayor de la Santa Caridad. Ese personaje lleva otra vida muy distinta, de rompe y rasga, donde en vano buscaríamos parecido alguno con lo que sabemos de la existencia del auténtico Mañara. Lleva otro nombre, se llama Don Juan ; incluso lleva otro apellido, Maraña, en vez de Mañara. La obra donde se cuentan sus andanzas pecadoras y criminales, así como su conversión espectacular y su santa muerte, no es una biografía, sino una novela corta publicada en 1834 en París por Prosper Mérimée, titulada *Les Ames du Purgatoire* (*Las ánimas del purgatorio*).

Desde aquella fecha, en la iglesia de San Jorge, bajo la blanca losa sepulcral dominada por el hermoso retablo del Santo

Entierro, reposan dos seres distintos, uno histórico, literario el otro, y ese extraño caso de parasitismo macabro acarrea una confusión inevitable de la cual parece difícil deshacerse, a pesar de reiteradas aclaraciones. ¿ A cuál de los dos - Don Miguel o Don Juan - se ha dirigido el homenaje de los millares de peregrinos (conocedores o engañados) que han venido tras Mérimée a visitar la tumba ? Más allá de una quizás estéril meditación sobre esa curiosa paradoja, quisiera entablar una reflexión sobre el origen de tamaña confusión, apuntando el papel decisivo de la leyenda en esa transición de lo histórico a lo literario. ¿ Cómo es posible que en el espacio de ciento cincuenta años, los que separan la muerte de Don Miguel Mañara de la aparición de su doble novelesco, se haya producido tamaña alteración de una figura histórica no poco ilustre ? ¿ Cuáles son las principales características de ese proceso de desfiguración ? ¿Cuál es la responsabilidad exacta de Mérimée en ello ? Tales son las sucesivas interrogantes que aparecerán durante esa conferencia, en el orden inverso al que acabo de definir. De esa leyenda urdida en torno a Mañara después de su muerte, examinaré primero el supuesto carácter donjuanesco, trataré luego de evidenciar sus distintos componentes y variantes, y por último apuntaré los diversos factores que pudieron facilitar su génesis y su desarrollo.

I. ¿ UNA LEYENDA DONJUANESCA ?

En 1830, viaja por primera vez a España un joven escritor francés de 27 años, buen conocedor del idioma y de la cultura española, que a pesar de sus cortos años ya tiene escritos varios artículos y ensayos sobre Cervantes y sobre la literatura dramática aurisecular, que no poca influencia tenían y habrían de seguir teniendo sobre su propia producción literaria. Por las escasas cartas² que se conservan de su viaje, sabemos que Mérimée estuvo en Sevilla a principios de septiembre del referido año 1830. Es más : en un artículo³ publicado más de veinte años después, localiza con gran precisión el *Finis Gloriarum Mundi* de Valdés Leal, «*encima de la puerta que lleva del claustro a la iglesia*», lo que nos da la casi certeza que visitó la iglesia de San Jorge y que vio, además de los cuadros restantes de Murillo, el sepulcro de Mañara y su epitafio.

No sabemos más; ignoramos si alguien le contó la vida del venerable Hermano Mayor, o si él mismo leyó algo sobre su vida, o si se enteró de la existencia de una leyenda que hablara de él.

Lo único que sabemos es que cuatro años después publicó la novela de dimensiones más bien modestas cuya última página he leído al empezar, y en la que se apropia del final edificante de Don Miguel. Al principio de la obra, en un largo comentario liminar del narrador que precede el exordio del relato, encontramos una advertencia del tenor siguiente :

Sevilla ya ha tenido ella sola más de un don Juan ; muchas otras ciudades citan cada una el suyo. Cada uno tenía antiguamente su propia leyenda. Con el tiempo, todas se han fundido en una sola.

Sin embargo, al mirar de cerca, es fácil establecer la parte que le toca a cada uno, o cuando menos distinguir dos de estos héroes, a saber : don Juan Tenorio, a quien, como todo el mundo sabe, se lo llevó una estatua de piedra ; y don Juan de Maraña, cuyo fin fue muy otro.

En cuanto a la verdad de esta historia o de estas dos historias, es indiscutible, y ofenderíamos grandemente el patriotismo provincial de los sevillanos si pusiésemos en duda la existencia de esos granujas que han vuelto equívoca la genealogía de sus más nobles familias. Se enseña a los extranjeros la casa de don Juan Tenorio, y ningún amigo de las artes ha podido pasar por Sevilla sin visitar la iglesia de la Caridad. En ella habrá visto la tumba del caballero de Maraña con esta inscripción dictada por su humildad, o si se quiere por su orgullo : Aquí yace el peor hombre que fue en el mundo. ¿Cómo dudar, después de eso ?⁴

Mal que le pese al docto narrador, no es ilícito formular algunas dudas en cuanto a la veracidad de tales afirmaciones. Es de lamentar que muchos críticos, empezando por buenos conocedores de la obra merimeana, no hayan sometido a la duda hiperbólica cartesiana una página que tanto se asemeja a una clásica artimaña de novelista, en absoluto inesperada bajo la pluma de un chusco escritor a quien siempre le encantó la mistificación literaria. Al revés, es frecuente leer aseveraciones sobre el carácter poco menos que histórico del relato de Mérimée, por parte de personas que no saben nada de la

vida de Don Miguel. ¡ Incluso hubo quien sentenció que la enigmática y todavía irresuelta alteración de su apellido en Maraña se debía a una peculiaridad de la pronunciación andaluza !

Ni que decir tiene que la asimilación de Don Miguel a Don Juan Tenorio en la leyenda sevillana se ha convertido en artículo de fe. Si es verdad que a partir de mediados del siglo XIX la confusión parece bien establecida, incluso en la propia Sevilla, sería interesante encontrar indicios de la existencia de tal asimilación en fechas anteriores al paso de Mérimée por la ciudad del Betis. Desde luego en la amplia documentación de índole biográfica y hagiográfica de que disponemos, no hallamos nada semejante; ninguna alusión al Burlador de Sevilla en las biografías del jesuita Juan de Cárdenas⁵ en 1679 o del monje basiliano Blas Rufo⁶ en 1768 ; tampoco en las páginas dedicadas a Don Miguel por Diego Ortiz de Zúñiga⁷ y sus continuadores o por Arana de Varflora⁸. Un recorrido por varios de los numerosísimos relatos de viajes escritos durante el período que nos interesa - antes del romanticismo - no me ha proporcionado tampoco indicio alguno. Los viajeros que mencionan el hospital de la Santa Caridad - son los menos -, pocas veces nombran a su fundador. El italiano Giovan'Francesco Gemelli Careri⁹ a fines del siglo XVII, los ingleses Henry Swinburne¹⁰ y Joseph Townsend¹¹, los franceses Jean-François Bourgoing¹² y Alexandre de Laborde¹³ a fines del siglo XVIII o principios del siguiente valoran casi exclusivamente los cuadros de Murillo conservados en la iglesia de San Jorge. El español Antonio Ponz, en su *Viaje de España*¹⁴, se refiere explícitamente al « santo varón » Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca, y recoge con toda exactitud su famoso epitafio. A Ponz se referirá a la vuelta del siglo el alemán Wilhelm von Humboldt en su *Diario de viaje a España*¹⁵, al aludir, sin especificar su nombre, a «*la tumba del hombre que se hizo llamar el peor que ha habido en el mundo*». En cambio, Don Miguel no ha dejado ninguna huella en *las Memorias de un Boticario durante la guerra de España*¹⁶, detalladísimo relato de un francés que estuvo dos años en Sevilla durante la ocupación napoleónica y dedica más de trescientas páginas a ese «*nuevo paraíso terrenal*» ; a pesar de su interés por la ópera y su gusto por los relatos pintorescos, no menciona a Mañara, y tampoco a Don Juan. Muy interesante también resulta el caso del

marqués de Custine¹⁷, que viaja a España un año después de Mérimée ; en el copiosísimo relato que ha dejado, intitulado *L'Espagne sous Ferdinand VII (España durante el reinado de Fernando VII)*, en varias ocasiones habla de la Caridad, a propósito de los cuadros de Murillo o de lo ejemplar de la obra de beneficencia del hospital. Pero tampoco menciona para nada a Don Miguel, y todavía menos una posible leyenda donjuanesca a él vinculada.

Cierto es que no bastan unos pocos sondeos, por muy significativos que sean, para establecer una conclusión tajante. Quizás cualquier día de estos la aparición de un documento olvidado o inédito le dé la razón a Mérimée y nos ofrezca la prueba de que efectivamente mucho antes de Mérimée ya se habían ido fundiendo en la leyenda las personalidades respectivas de Tenorio y Mañara. Mientras tanto seguiré considerando que esa asimilación no pudo ser muy anterior al paso del joven novelista por Sevilla ; de no ser así, es probable que aparecieran ecos de esta confusión en la literatura de la época, que difícilmente hubiera podido quedar insensible a lo sugestivo de la leyenda, tal y como ocurriría a partir del romanticismo con el auge inaudito de esa nueva versión del mito donjuanesco. También podemos sospechar que esa asimilación es coetánea al éxito del *Don Giovanni* de Mozart, redescubierto en el tercer decenio del siglo decimonónico, y a la publicación por aquel entonces del *Don Juan* de Lord Byron.

Asimismo llama la atención el poco alcance de esa confusión en Sevilla en los años inmediatamente posteriores a Mérimée. No encontramos eco ninguno de ella en los distintos capítulos dedicados por Félix González de León a las leyendas referidas a Mañara, en su *Noticia histórica del origen de los nombres de las calles de [...] Sevilla*¹⁸, fechado en 1839. La primera obra en la cual damos con un llamado « Don Juan de Mañara » es curiosamente un estudio de erudición local, la *Sevilla pintoresca* de José Amador de los Ríos¹⁹, publicada en esta ciudad en 1844, es decir diez años después de *Las ánimas del purgatorio*. ¿Señal inequívoca de la existencia de la leyenda referida por Mérimée? ¿Indicio más bien de la notoriedad alcanzada de inmediato por el protagonista de Mérimée? ¿O simple errata, como parece indicarlo la presencia en el mismo capítulo del nombre exacto del personaje, Don Miguel de Mañara? En cualquier caso, el pasaje referido de

Amador de los Ríos no excede la fraseología tradicional en la época sobre Don Miguel, « *que, desengañado de las vanidades del mundo - dice -, consagró los últimos años de su vida al ejercicio de la virtud mas austera.* » Quedamos lejos de las aventuras espe-luznantes del héroe merimeano. En todo caso, no debían de ser muchos los que por aquellas fechas identificaban a Mañara con el Tenorio. Lo colijo de la noticia biográfica dedicada a Don Miguel por el autor anónimo de *Hijos ilustres de Sevilla* en 1851 ; al lamentar el silencio absoluto de los primeros biógrafos sobre la juventud de Mañara, hace el comentario siguiente :

*Se infiere que no quisieron escribir del primer tercio de la vida de nuestro héroe, por no descubrir sus flaquezas cuando se trataba de un hombre de tan relevante virtud, y de santidad tan probada ; pero en nuestro concepto erraron, por que si D. Miguel de Mañara se entregó en su juventud a sus pasiones desenfrenadas, hasta dar pie a que algunos le tengan por el conócido por D. Juan Tenorio, su tránsito a la virtud debe tenerse por verdadero heroísmo.*²⁰

El interés de este pasaje es doble. Por una parte, refleja de manera clarísima la común opinión de la época sobre la juventud licenciosa de Mañara. No fue antes del último cuarto del siglo decimonónico cuando los sevillanos, y especialmente la Hermandad de la Caridad, salieron en defensa del joven Mañara. Pero por otra parte llama la atención el hecho de que para el citado autor sólo « *algunos tengan [a Mañara] por el conócido por D. Juan Tenorio* ». Si populares eran, a todas luces, las leyendas relativas a la juventud de Mañara, muy poco conocido era su reciente título de donjuanía. En este sentido, si bien no podemos zanjar la cuestión de la autoría del invento del Don Juan de Mañara, podemos por lo menos poner en tela de juicio la afirmación inicial de Mérimée sobre el carácter tradicional en Sevilla de esa faceta del personaje.

II. LOS COMPONENTES DE LA LEYENDA DE MAÑARA

No cabe duda de que, antes de convertirse por obra y gracia de Mérimée y de sus émulos en figura literaria universal, Mañara ya era un personaje legendario en Sevilla, y tal vez fuera de Sevilla. Con esta afirmación no pretendo en absoluto enunciar novedad alguna, por

haber sido estudiado ese fenómeno por autoridades como el Padre Jesús María Granero en su monumental biografía²¹, hace cuarenta años, o el redactor de la *Positio super virtutibus*, informe preparado en los años setenta por la sección histórica de la Congregación vaticana para las Causas de los Santos²². Consta que se conservan testimonios fidedignos de la existencia de tales leyendas, por lo menos a partir de mediados del siglo XVIII. Muy a propósito empleo esta palabra en plural, porque lo que vislumbramos gracias a los escuetos indicios de que disponemos, más que de una leyenda, se trataría de un ciclo de leyendas. Otra característica parece ser que el núcleo en torno al cual han ido apareciendo éstas es indudablemente un relato que tenía la doble particularidad determinante de tener visos de la más autorizada exactitud biográfica y de aureolarse al mismo tiempo de contornos sobrenaturales. Me refiero a un capítulo conocidísimo de la biografía de Cárdenas en el que se cuenta, a pocos meses de morir el venerable protagonista, un episodio de su juventud acaecido en la desaparecida calle del Ataúd. He aquí la versión, en todo punto conforme a la de Cárdenas, que propone un siglo después Arana de Varflora :

*Una noche que iba por la calle que en dicha Ciudad llaman del Atahud sintió que le dieron un golpe tan recio en el cerebro, que lo derribó en tierra, y al mismo tiempo oyó una voz que dixo: Traigan el Atahud que ya está muerto. Levantóse turbado y no se atrevió a seguir, volviéndose a su casa; y después supo que en la que iba lo estaban esperando para darle muerte.*²³

Pues bien, después de referir el caso tal y como lo narró Cárdenas, y como también lo contaron varios testigos del primer proceso de beatificación, a quienes se lo había contado, decían, el propio Don Miguel, añade enseguida Arana de Varflora :

Otros cuentan el caso con diversidad.

Esa diversidad de versiones del mismo episodio, la confirman los continuadores de los anales de Ortiz de Zúñiga, en la edición aumentada que se da de esa obra en 1795. Con ocasión de la memoria de la muerte del venerable caballero, se escribió lo siguiente :

*En sus mocedades bizarro y dado á los pasatiempos : muy en breve dexó estos para seguir à Dios que le llamó : su conversion se cuenta de diversos modos ; y habiendo mudado de vida todos sus pasos se dirigian al camino de la perfeccion.*²⁴

Además de evidenciar esa diversidad de relatos legendarios, este último texto revela otra característica fundamental de la leyenda dieciochesca, que perdurará en la literatura, a saber su estrecha vinculación con el motivo de la conversión, y de los múltiples avisos por los cuales la Providencia se manifiesta al joven atolondrado. Ese providencialismo no es ajeno a la tonalidad efectista de los capítulos correspondientes en la biografía - llamémosla oficial - de Cárdenas ; la novedad radica más bien en la desproporcionada importancia que van cobrando lo sobrenatural y lo maravilloso en esos relatos :

Muchos y repetidos fueron estos llamamientos, ya librandolo de evidentes riesgos, y ya horrorizandolo con algunas visiones ²⁵, pondera el buen monje basiliano en 1768, pero sin precisar, desgraciadamente, de qué tipo de visiones se tratara. Tampoco lo precisan en 1777 los testigos interrogados en Roma con ocasión del Proceso Apostólico sobre la fama de santidad, virtudes y milagros *in genere* ; pero uno de ellos, después de dictaminar que «*la conversión del Venerable Siervo de Dios fue el efecto de una visión*» asegura que «*esto es público y notorio en Sevilla*». ²⁶

Todavía más valioso resulta el testimonio de otro sacerdote interrogado en Roma el mismo año. A decir verdad, D. Hipólito Casafonda, sevillano por más señas, no es de los más enterados de la vida ejemplar de Don Miguel, pero sí de las leyendas que corrían por la metrópoli andaluza en los años sesenta del setecientos. Gracias a su testimonio conservado en el Archivo Secreto Vaticano, sabemos por lo menos que por aquellas fechas, menos de un siglo después de la muerte de Mañara, ya se contaba el sonado episodio de su encuentro con el propio entierro. A decir del testigo, lo que motivó su conversión fue :

[...] una visión en que le pareció reconocerse a sí mismo en un cadáver que llevaban a la sepultura. Y preguntando a muchos de quién era aquel cadáver, oía responder : de Don Miguel Mañara. ²⁷

Del mismo episodio se contaba por lo visto otra variante todavía más milagrosa, en la cual el encuentro con el propio entierro no se presentaba como simple visión, sino como acontecimiento real. Así lo refería en 1771, en el proceso de *non cultu* celebrado en Sevilla, un canónigo hispalense, arcediano de Écija, D. Francisco de Guevara Vasconcelos :

Con motivo de salir Mañara de una casa donde tenía correspondencia, a deshoras de la noche, encontró el dicho Venerable Siervo de Dios en la calle un entierro ; y haciéndosele novedad de que lo hubiese a aquella hora, preguntó dicho Venerable Siervo de Dios a uno de los que iban con él que quién era el difunto, y le respondió que Don Miguel Mañara ; de lo que resultó darle un accidente, del que recobrado, se fue a su casa y entabló una vida ejemplar.²⁸

Éstos son los indicios, modestos pero elocuentes, que nos permiten reconstituir con bastante coherencia el perfil del Mañara legendario que a lo largo del siglo XVIII se fue sustituyendo en la memoria colectiva al recuerdo del auténtico Don Miguel. Esas leyendas, y no otras aun más dudosas de tipo donjuanesco, son las que con toda probabilidad se contaban todavía cuando vino Mérimée a Sevilla, por el año 1830. De ello nos da amplia confirmación, a mi parecer, el hecho de que los autores que se expresaron sobre esas leyendas pocos años después, en pleno período romántico, nos vienen contando exactamente lo mismo que hemos encontrado en los documentos del siglo XVIII, y con las mismas características. Aluden a la misma diversidad de relatos, al mismo carácter popular y muy difundido de ese ciclo legendario, y confirman que el eje en torno al cual se desarrolla ese ciclo es el episodio fundamental de la conversión. Dígalo si no esta frase complacida de González de León, sacada de la obra ya mencionada :

*No será desagradable referir el suceso que es tradición, apoyada en su misma confesión y fué la causa de su misma conversión; aunque es muy comun, muy referido, y diferente del que consta y se dijo en la calle del Atahud²⁹, siendo esta última expresión una manera de distinguir el relato legendario y popular de la versión dejada por el biógrafo Cárdenas. En 1851, la anónima compilación intitulada *Hijos ilustres de Sevilla* no se expresa de otra manera :*

Otro lance refiere la tradición y es muy sabido en Sevilla, al cual atribuyen la conversión de Mañara³⁰; y a continuación enlaza en un mismo relato dos episodios, el de la calle del Ataúd, y la visión del propio entierro. Y tal como lo hacían ochenta años antes los testigos del proceso de beatificación, pone de

manifiesto dos versiones muy distintas del episodio, una soñada, otra presenciada realmente por el héroe de la leyenda :

Este lance lo cuentan en Sevilla de distintos modos. Unos dicen que al recibir el golpe, salió huyendo, y en el camino vió el entierro, siendo por consiguiente el suceso milagroso. Otros lo aseguran del modo referido. Nosotros no hemos encontrado datos de ninguna especie para afirmarlo y para negarlo, pues repetimos que està tomado de lo que corre entre los habitantes de esta ciudad, recibido tradicionalmente de sus mayores.³¹

El surtido de leyendas más completo lo encontramos en la biografía de Mañara escrita en 1857 por el insigne hispanista francés Antoine de Latour, a la sazón secretario de los duques de Montpensier. Después de denunciar la absurda confusión entre el histórico Mañara y el literario Don Juan Tenorio, hace un inventario de las leyendas tal y como se cuentan en Sevilla a mediados del siglo XIX, y también tal como las ha leído, seguramente en las obras que se acaban de mencionar. Sin aludir al texto de Mérimée, que tal vez ni siquiera conoce, distingue cinco leyendas principales, tres que ya hemos analizado (la calle del Ataúd, el encuentro con el propio entierro y su variante, el encuentro con el propio cadáver) y otras dos, hasta ahora no referidas: la historia del galán que sigue a una mujer tapada dentro de la catedral, hasta darse cuenta de que se trata de un esqueleto, y la historia de un galán que, invitado por una señora complaciente, trepa hasta su balcón y se encuentra nada menos que en una sala mortuoria con un esqueleto yacente entre cuatro ciriales³². Si nos atenemos a la concordancia entre los tres primeros relatos referidos y lo que hemos podido comprobar anteriormente, podemos admitir que también esas dos leyendas, de tonalidad más picaresca, se habían ido agregando al ciclo inicial, al menos en la época romántica.

III. GÉNESIS Y DESARROLLO DE LA LEYENDA SEVILLANA

A estas alturas, difícilmente prescindiremos de una reflexión sobre las condiciones que permitieron y favorecieron la génesis y el desarrollo de un ciclo de leyendas tan copioso en torno a una figura histórica que, a pesar de algunas indudables

zonas de sombra en su biografía, en absoluto pudo haber dado pie a tamaño derroche de fantasía e irracionalidad. En el corto espacio que me queda para desarrollar un tema tan complejo, me contentaré con señalar algunas pistas de interpretación, las más veces compartidas y ampliamente analizadas por los mejores biógrafos de Don Miguel.

Una manera de clasificar esas fuentes de la leyenda consistiría en ponerlas en el orden cronológico de su aparición. Desde hace más de un siglo, los eruditos han identificado varios relatos constitutivos del ciclo legendario de Mañara, resultando que la mayoría de ellos eran anteriores a la existencia del protagonista. No me refiero aquí al *Burlador de Sevilla*, que como se sabe ya se había estrenado antes de nacer Don Miguel, sino a que esos sucesos prodigiosos que de él se contaban en el siglo XVIII ya formaban parte de la tradición en los siglos XVI y XVII. Incluso corrían en letras de molde, como por ejemplo, en el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada³³, la historia del estudiante Lisardo de Córdoba, que se encuentra con su propio entierro; o, en un relato de Céspedes y Meneses³⁴, la historia del galán que, acudiendo a una cita de amores, da con un cadáver yacente entre cuatro cirios.

Otro suceso, el de la mujer tapada que se convierte en esqueleto, era popularísimo en Sevilla, por haber sido protagonizado, según se decía, por el arcediano Mateo Vázquez de Leca, amigo de la familia Mañara y pariente lejano suyo. Por último, si bien el caso de la calle del Ataúd no parece tener antecedentes folclóricos o literarios, también es verdad que debió encontrar un eco inmediato en la mente popular, por situarse en un rincón de la antigua judería marcado desde hacía dos siglos por la tétrica historia de Susona, la « hermosa fembra ». Analizando la constitución de la leyenda de Mañara, concluye su biógrafo, el Padre Granero :

Es un caso típico de esa que podemos llamar reencarnación de los mitos. Perdida u olvidada la primitiva base histórica y real, las viejas tradiciones y leyendas de un pueblo necesitan recubrir la osamenta de algún personaje para mantener su vitalidad y consistencia. Y entonces sucede que las reminiscencias poetizadas y sublimadas de lo antiguo se amalgaman y se funden y consolidan en un

*bloque único con los sucesos recientes y les prestan su misteriosa aureola.*³⁵

Ahora bien, puede que ciertos aspectos de la personalidad, o mejor dicho del legado espiritual y artístico, de Don Miguel Mañara hayan favorecido la germinación de la leyenda. Por cierto, es muy improbable que el recuerdo que dejara de su juventud fuese adecuado para fomentar confabulaciones sobrenaturales, a no ser que se mantuviera alguna reminiscencia del efecto de la muerte de su esposa sobre su cambio de vida. Pero parece que Don Miguel, como digno hombre del Barroco, utilizara recursos algo efectistas, destinados a impresionar a sus coetáneos, y es de temer que consiguiera con creces su objetivo. Las expresivas manifestaciones de arrepentimiento en el *Discurso de la verdad*, en su testamento o en el epitafio, infundieron no pocas dudas, y aún más desde el momento en que fueron desligadas de su contexto ascético inicial, y por ende desvirtuadas. Indudable influencia habrá tenido, además, el cometido original de la Hermandad de la Santa Caridad, reforzado por Don Miguel, a saber el enterrar a los pobres desamparados y a los ahogados, así como el acompañar a los condenados a muerte. Recordemos por último la presencia continua en la iglesia de San Jorge de los cuadros encargados por el Hermano Mayor a Juan de Valdés Leal, y cuya potencia de evocación no podía dejar a nadie insensible, especialmente aquel *Finis Gloriae Mundi* donde constaba que verdaderamente Don Miguel había visto su propio cadáver envuelto en el manto capitular de Calatrava³⁶.

Para que cuajara definitivamente la leyenda, fue necesario un tercer conjunto de factores, ya posteriores al fallecimiento del venerable caballero. El silencio casi absoluto del biógrafo Cárdenas sobre su juventud se considera comúnmente como uno de ellos. Pero también pudo influir el providencialismo ya mencionado que envuelve ciertos sucesos de la vida del biografiado. Otros tres elementos conviene añadir aquí, aunque carecemos de documentación para comprobar su grado de implicación en el fomento de la leyenda. Vienen primero los recuerdos que los coetáneos de Don Miguel pudieron transmitir a las generaciones ulteriores. Luego influiría también el discurso hagiográfico que se fue plasmando, a la par que se daban los primeros pasos hacia la incoación de la

causa de beatificación ; y dentro de ese discurso, donde - como se solía - se recargarían un tanto las tintas, no sólo se ensalzarían las virtudes del Siervo de Dios, sino que también se privilegiaría el episodio de su conversión. Por último no hay que descartar la posibilidad de que esos relatos legendarios llegasen a transcribirse en la literatura popular de aquella época, bajo la forma muy corriente del romance de cordel, aunque es preciso reconocer que hasta ahora no he tenido conocimiento de la existencia y conservación de ninguno.

En el momento de poner término a ese recorrido por los vericuetos de la leyenda de Mañara, antes que la literatura se la apropiara, recordemos ese análisis de Joaquín Hazañas y La Rúa a principios del siglo XX :

*A medida que ha pasado el tiempo se ha inventado todo un ciclo de leyendas que tienen por héroe a Mañara, y que afortunadamente, no ha sido obra del pueblo, sino labor de los eruditos.*³⁷

No sé si puede justificarse esta contraposición entre el pueblo y los eruditos, en la que se adivina un apriorismo a favor de la tradición oral, percibida ésta como más genuina al presumirse nacida por generación espontánea, mientras que la producción de los escritores sería intrínsecamente facticia, degenerada o deleznable. Los especialistas de la literatura popular de aquella época nos han enseñado a ver la mano oculta de más de un erudito anónimo, tras las llamadas tradiciones populares. En el caso de la leyenda de Don Miguel, sus propios escritos, pero también sus biógrafos y quizás los mismos predicadores que ensalzaban su conversión tuvieron indudablemente un papel determinante en la génesis de la leyenda, pero tampoco podemos negar el carácter muy popular, difundido y expansivo que va cobrando este ciclo de leyendas a medida que transcurren los años.

Algo semejante sucedió con la confusión entre Don Miguel y Don Juan Tenorio. Creación muy probable de los literatos en un primer momento, no tardó mucho en convertirse retrospectivamente en una supuesta tradición local. Dígalo si no el número de pseudo-peregrinos que vienen todavía a la Caridad, cebados por una infraliteratura de viajes y una publicidad turís-

tica, atiborradas ambas de aproximaciones históricas y pintorescas sandeces.

¿Cómo definir pues la responsabilidad de Mérimée ? Aunque no estoy en condiciones de demostrarlo, quedo convencido de que el novelista francés ha tenido un papel decisivo, no sólo en la popularización de la figura del Don Juan de Maraña o Mañara, sino incluso en el mismo invento del personaje, mediante la fusión de dos figuras que probablemente, anteriormente a él, nadie había confundido jamás. El inventario del contenido de las leyendas relacionadas con Don Miguel nos ha revelado además el carácter sumamente original de la obra del referido autor ; pues si bien éste reutiliza un par de datos históricos indiscutibles y algunas leyendas atribuidas a Don Miguel en la Urbe, consta que recogió sobre todo un material heterogéneo y que la parte de creación personal en *Las ánimas del purgatorio* es mucho más importante de lo que pretende el narrador en el prólogo inicial. De lo que se colige que Mérimée no fue un simple intermediario entre la leyenda y la literatura. Más bien creó un personaje literario muy distinto de la figura legendaria y, por supuesto, de la figura histórica.

Por consiguiente convendría también, en mi opinión, reevaluar la importancia exacta de Mérimée en la historia literaria, y particularmente en la historia de la cultura sevillana. Al fin y al cabo, ha plasmado dos personajes de resonancia considerable en la literatura universal, sevillanos por más señas: Carmen y Don Juan de Mañara. Me atrevería a decir que realizó dos veces el ideal definido, no sin ironía, por el poeta Charles Baudelaire, insigne autor de *Las flores del Mal* : «Créer un poncif, c'est le génie»³⁸ : crear un tópico, eso es el genio. He dicho.

NOTAS

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Don Alfredo Ortega, maestro y amigo, por la erudición y la agudeza de sus sugerencias y consejos.

1. Prosper Mérimée, *Las ánimas del purgatorio*, in : *Lokis y otros relatos fantásticos*, trad. Susana Cantero Garrido, Barcelona, Alba Editorial, 1995, págs 95-96.
 « Il mourut vénéré comme un saint, même par ceux qui avaient connu ses premiers déportements. Sur son lit de mort, il demanda comme une grâce qu'on l'enterrât sous le seuil de l'église, afin qu'en entrant chacun le foulât aux pieds. Il voulut encore que sur son tombeau on gravât cette inscription : Ci git le pire homme qui fut au monde. Mais on ne jugea pas à propos d'exécuter toutes les dispositions dictées par son excessive humilité. Il fut enseveli auprès du maître-autel de la chapelle qu'il avait fondée. On consentit, il est vrai, à graver sur la pierre qui couvre sa dépouille mortelle l'inscription qu'il avait composée ; mais on ajouta un récit et un éloge de sa conversion. » (*Les Ames du Purgatoire*, ed. Gérard Gengembre, París, Le Livre de Poche, 1998, págs. 82-83).
2. Prosper Mérimée, *Correspondance générale*, tomo I (1822-1835), ed. Maurice Parturier, Toulouse, Edouard Privat, 1972, págs. 68-78.
3. Prosper Mérimée, « Salon de 1853 », in : *Le Moniteur universel, Journal officiel de l'Empire français*, París, domingo 5 de junio 1853, pág. 617.
4. *Las ánimas del purgatorio*, ed. española citada, págs. 31-32.
 « [...] Séville seule a possédé plusieurs don Juans ; mainte autre ville cite le sien. Chacun avait autrefois sa légende séparée. Avec le temps, toutes se sont fondues en une seule.
 « Pourtant en y regardant de près, il est facile de faire la part de chacun, ou du moins de distinguer deux de ces héros, savoir : don Juan Tenorio, qui comme chacun sait, a été emporté par une statue de pierre ; et don Juan de Maraña, dont la fin a été toute différente. [...]
 « Quant à la vérité de cette histoire ou de ces deux histoires, elle est incontestable, et on offenserait grandement le patriotisme provincial des Sévillans si l'on révoquait en doute l'existence de ces garnements qui ont rendu suspecte la généalogie de leurs plus nobles familles. On montre aux étrangers la maison de don Juan Tenorio, et tout homme, ami des arts, n'a pu passer à Séville sans visiter l'église de la Charité. Il y aura vu le tombeau du chevalier de Maraña avec cette inscription dictée par son humilité, ou si l'on veut par son orgueil : Aquí yace el peor hombre que fué en el mundo. Le moyen de douter après cela? » (*Les Ames du Purgatoire*, ed. Gérard Gengembre, París, Le Livre de Poche, 1998, págs. 13-14).
5. P. Juan de Cárdenas, S.I., *Breve relación de la muerte, vida y virtudes del Venerable Caballero Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca, Caballero del Orden de Calatrava, Hermano Mayor de la Santa Caridad*, Sevilla, Tomás López de Haro, 1679, 192 págs.
6. P. Blas Rufo, *Breve extracto ó abreviado informe de la virtuosa vida, y preciosa muerte de el venerable, humilde y charitativo siervo de Dios Don Miguel de*

- Mañara Vicentelo de Leca, cavallero del Orden de Calatrava, Hermano Mayor de la Santa Caridad de Sevilla, escrito por un humilde monge basiliano de la Provincia de Andalucía*, Sevilla, 1768, 56 págs.
7. Diego Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, metrópoli de la Andalucía*, Madrid, Imprenta Real, 1677, págs. 766-768 ; edición aumentada por Antonio María Espinosa y Cárcel, Madrid, Imprenta Real, 1795-1796, tomo V, págs. 337-344.
 8. Fermín Arana de Varflora (seud. de Fray Fernando Valderrama), *Compendio histórico descriptivo de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, Metrópoli Ínclita de Andalucía*, Sevilla, 1766 ; del mismo autor : *Hijos de Sevilla Ilustres en Santidad, Letras, Armas, Artes o Dignidad*, Sevilla, Vázquez e Hidalgo, 1791, tomo IV, pág. 33.
 9. Jean-François Gemelli Careri, *Voyage du Tour du Monde*, traducido del italiano por L.M.N., París, Etienne Ganeau, tomo VI, págs. 361-375.
 10. Henry Swinburne, *Voyage de Henri Swinburne en Espagne en 1775 et 1776*, traducido del inglés, París, Imprimerie de Didot l'Ainé, 1787, págs. 338-339.
 11. Joseph Townsend, *Voyage en Espagne fait dans les années 1786 et 1787, Par Joseph Townsend, contenant la description des mœurs et usages des peuples de ce pays ; le tableau de l'agriculture, du commerce, des manufactures, de la population, des taxes et revenus de cette contrée, et de ses diverses institutions*, traducido del inglés a partir de la 2da ed. por J.P. Pictet-Mallet, París, Dentu, 1809, Tomo II, pág. 279.
 12. Jean-François Bourgoing, *Nouveau Voyage en Espagne, ou Tableau de l'état actuel de cette monarchie*, París, Regnault, 1789, Tomo III, págs. 158-159.
 13. Alexandre de Laborde, *Itinéraire descriptif de l'Espagne, et tableau élémentaire des différentes branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume* [1808], 2da ed., París, H. Nicolle et Lenormant, 1809, Tomo II, pág. 324.
 14. Antonio Ponz, *Viaje a España en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella* [1780], Madrid, Viuda de Ibarra, 1786, 2da ed., tomo IX, págs. 147-151.
 15. Wilhelm von Humbolt, *Diario de viaje a España 1799-1800 [Tagebuch der Reise nach Spanien 1799-1800]*, ed. y traducción española de Miguel Ángel Vega, Madrid, Cátedra, 1998, págs. 164-165.
 16. Sébastien Blaze, *Mémoires d'un Apothicaire sur la guerre d'Espagne pendant les années 1808 à 1814*, París, Ladvoat, 1828, 2 vols., 447 y 400 págs.
 17. Astolphe de Custine, *L'Espagne sous Ferdinand VII* [1838], ed. Julien-Frédéric Tarn, París, François Bourin, 1991, págs. 280-361.
 18. Félix González de León, *Noticia histórica del origen de los nombres de las calles de esta M.N. M.L. y M.H. ciudad de Sevilla, en cuyas noticias se reúnen las de las fundaciones de iglesias parroquiales, conventos, obras pías, casas más conocidas de títulos, y Mayorazgos : la de los monumentos de antigüedad y bellas artes que en ellas se encuentran, la de los sucesos más memorables acaecidos en las mismas, con otras noticias curiosas*, Sevilla, Imp. José Morales, 1839, 629 págs.

19. José Amador de los Ríos, *Sevilla pintoresca, o descripción de sus más célebres monumentos artísticos*, Sevilla, Francisco Alvarez y Ca, 1844, pág. 393.
20. Anónimo, *Hijos ilustres de Sevilla o colección de biografías de los naturales de esta ciudad, que han sobresalido en santidad, ciencias, armas y artes*. Sevilla, Imp. de Juan Moyano, 1851, pág. 147.
21. P. Jesús María Granero, S.I., *Don Miguel Mañara Leca y Colona y Vicentelo (Un caballero sevillano del siglo XVII) - Estudio biográfico*, Sevilla, Artes Gráficas Salesianas, 1963, 618 págs.
22. Sacra Congregatio pro Causis Sanctorum. Officium historicum (redactor principal : P. Francisco Martín Hernández), *Beatificationis et canonizationis Venerabilis Servi Dei Michaelis Mañara, equitis de Calatrava et fundatoris nosocomii vulgo « de la Santa Caridad » († 1679). Positio super virtutibus ex officio concinnata*, Roma. Polyg. Vatic., 1978, 440 págs. en la versión española.
23. Fermín Arana de Varflora (seud. de Fray Fernando Valderrama), *Hijos de Sevilla Ilustres...*, *op. cit.*, pág. 33.
24. Diego Ortiz de Zúñiga - Antonio María Espinosa y Cárcel, *Anales eclesiásticos y seculares...*, *op. cit.*, tomo V, pág. 340.
25. P. Blas Rufo, *op. cit.*, pág. 4.
26. « *La conversione del Ven. Servo di Dio fu l'effetto di una visione, che Egli ebbe, e colla quale all'Altissimo piacque di ritirlo dal Secolo, e fargli abbracciare un genere di vita del tutto nuova, come egli veramente fece corrispondendo alle divine chiamate. Questo fatto è publico, e notorio in Siviglia* ». Testimonio de D. Miguel Nicolás Rodríguez Álvarez [proceso sobre la fama de santidad, virtudes y milagros *in genere*, Roma, 1777], Roma, Archivio Segreto Vaticano, Arch. SS. Rituum Congr., Processus 1047, fol. 138vto.
27. « *Mentre egli andava dietro al Mondo, non mancava Iddio di chiamarlo a se con messi, che lo scuotessero, e per quanto or mi ricordo l'ultimo fù una visione, in cui li parve di riconoscere se stesso in un Cadavere, che si conduceva alla sepoltura, e ricercando molti di chi fosse quel Cadavere, sentiva risponderli ; di Don Michele Mañara. Questa visione lo fece rientrare in se stesso, e pensar seriamente a casi suoi, onde si risolvette di abbandonare il Mondo, e i suoi piaceri* ». Testimonio de D. Hipólito Casafonda, Roma, 1777, *ibidem*, fol. 243vto.
28. Testimonio de D. Francisco de Guevara Vasconcelos [proceso de *non cultu*, Sevilla, 1771], Roma, Archivio Segreto Vaticano, Arch. SS. Rituum Congr., Processus 1046, fol. 58vto.
29. Félix González de León, *op. cit.*, pág. 541.
30. *Hijos ilustres de Sevilla...*, *op. cit.*, pág. 148.
31. *ibidem*, pág. 149.
32. Antoine de Latour, *Don Miguel Mañara : su vida, su Discurso de la verdad, su testamento y profesión de fe*, traducido por Pedro Galonié, Sevilla, Enrique Bellido, 1862, págs. 17-22. La edición francesa se publicó por primera vez en París en 1857.
33. Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas, en que se tratan algunas materias de Humanidad, Filosofía, Teología y Geografía*, Salamanca, 1570, fols. 125vto-127.

34. Gonzalo de Céspedes y Meneses, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, Lisboa, Geraldo de la Viña, 1626, fols. 68vto-71vto.
35. P. Jesús María Granero, *op. cit.*, pág. 4.
36. « [...] en la iglesia, y otras partes de el Hospital, mandó pintar algunos hieroglyphicos encaminados â la memoria de la muerte ; y que en uno de ellos mandó pintar en un Ataud un caballero muerto con el manto capitular de el orden de Calatrava, comenzado el rostro â comer de gusanos, y que le dijo al testigo el Siervo de Dios algunas veces, el averlo hecho pintar assí, por ser aquél su retrato verdadero. » Testimonio de D. Alonso Berdugo de Albornoz y Sotomayor, caballero de Alcántara, conde de Torrepalma [primer proceso informativo diocesano, Sevilla, 1680], Roma, Archivo Segreto Vaticano, Arch. SS. Rituum Congr., Processus 1043, fol. 73-73vto.
37. Joaquín Hazañas y La Rúa, « Tenorio y Mañara », in *Bética - Revista ilustrada*, Sevilla, núm. 1, 20 de noviembre 1913, pág. 5.
38. Charles Baudelaire, *Fusées* [publ. póstuma, 1887], in : *Œuvres complètes*, París, Editions Robert Laffont (colección « Bouquins »), 1980, pág. 397.